

Cuando Era Niño Pensaba como Niño

Por Edward D. Griffin

“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.” I Corintios 13:11.

En la niñez, la mente se complace con cualquier nimiedad y carece de atención, con expresión ausente corre en pos de sus pequeños placeres y, bendecida con la ignorancia de los males y desilusiones de la vida, mira hacia adelante con esperanzas confiadas poniendo la vista en las escenas de felicidad asociadas con las hadas; mientras que los ojos brillantes y carentes de lágrimas, descansando en el exterior de las cosas, miran un paraíso en cada césped y en cada bosquecillo. El recuerdo de estos deleites infantiles a menudo se disfruta con embeleso en los años futuros, mientras el hombre, que se olvida de las inquietudes y lloriqueos de la niñez, de manera indulgente se pregunta, ¿por qué los días pasados fueron mejores que estos? Pero no inquiere con sabiduría con respecto a esto. Una madurez virtuosa se ha de desear mucho más que el estado de niñez. Es capaz de empresas mucho más nobles, de un conocimiento, disfrute y acción más acordes con los fines de nuestro ser. El niño no tiene ningún objetivo elevado y viril, no tiene cuidado de las cosas grandes y dignificadas, le presta poca atención a su bienestar futuro ya sea en esta vida o en la vida por venir. Su entendimiento es débil, su conocimiento es pequeño, sus empresas y placeres son inútiles para el mundo, sus años se desvanecen en la insignificancia yendo en pos de visiones etéreas, y la felicidad elevada y sustancial le es cosa extraño. Habla como niño, balbuceando de manera inconexa respecto a sus pequeños intereses; entiende como niño, de manera superficial y contradictoria; piensa como niño, de manera incorrecta e inconsistente; pero cuando llega a ser hombre deja lo que es de niños. Su gusto se entusiasma con objetos más nobles; su conversación se hace más elegante; su conducta y empresas son más viriles; sus perspectivas y conocimiento se agrandan. Deshaciéndose de las cadenas y juguetes de la niñez llega a ser, quizás, un filósofo, y explora con mirada asombrada las obras de su Creador. Su imaginación sin límites, no confinada a las políticas e intereses de los reinos, deambula por entre las estrellas, y se deleita con los incontables mundos que giran alrededor de su cabeza, mientras que su fe y conocimiento se emplean en los grandes asuntos del reino de Dios.

Tal es el contraste con el cual el apóstol representa la existencia presente y futura de los Cristianos. Estaba hablando de su conocimiento y logros imperfectos en esta vida y la perfección de su estado en la vida por venir; la cual ilustra con las palabras de nuestro texto: “Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño” a lo cual añade, “ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido.”

Si los santos más eminentes, mientras están aquí, se hallan en un estado de infancia, ¿cuánto más el resto de la humanidad? Entonces, es la doctrina obvia del texto que la vida presente es solo el estado infante del hombre. Al ilustrar esta posición mostraré su verdad,

- I. Con respecto a la humanidad en general;
- II. Con respecto a los hombres mundanos en particular;
- III. Con respecto incluso a los Cristianos.

- I. La posición es verdadera con respecto a la humanidad en general. El hombre es un ser más noble de lo que parece en este mundo, y le fueron asignados fines más nobles de los que alcanza, o que su Hacedor lleva a cabo para él, en el estado presente. El Dios sabio no hubiese formado una raza tan majestuosa, ni los hubiera colocado en un mundo preparado con tan exquisito arte, para ningún otro fin que el de poder disfrutar las distinciones y placeres transitorios de esta vida, que pudieran sustentar tal forma de existencia y trato social por unos pocos años, en el pecado y la miseria, y luego caer en la nada, sin gratificar ya sea su benevolencia haciéndolos felices, o ejerciendo su justicia castigando sus pecados. Si consumió tanto trabajo creándolos y creando el mundo en el que viven para que pudieran ser felices, este fin se ve miserablemente vencido si no existe un estado futuro. Si los creó para su propia gloria, su existencia presente, disociada de un estado futuro, no ilustra ni su sabiduría, ni su bondad ni su justicia, sino que arroja oscuridad sobre todos ellos. Los hombres no reciben aquí el castigo debido a sus pecados, ni alcanzan la perfección ya sea de sus facultades o de la felicidad que son capaces de disfrutar. Sombrías son las esperanzas de aquel hombre que no espera ningún estado futuro; quien después de pecar y suspirar unas pocas veces más, espera ser engullido por el abismo de la aniquilación. Pues la Sabiduría Infinita tuvo otros propósitos al crear una raza inteligente. El Autor de su ser, quien les diseñó para la inmortalidad, los colocó en este estado infantil, no por el bien que podrían disfrutar aquí, sino para madurar hacia un estado de virilidad gloriosa y eterna. Su mayor crecimiento aquí es solamente el umbral de su existencia. Este mundo es únicamente su guardería, o si lo prefiere, la cuna en la que las almas, aún en pañales, son mecidas para la inmortalidad. Si pudiera verlas en la eternidad – si pudiera trazar sus dimensiones de aquí a unos pocos siglos – entonces contemplaría a estos raquíticos seres crecidos hasta una estatura que sus actuales facultades no podrían medir. Cuán miserablemente pasan por alto la dignidad del hombre aquellos que le contemplan sólo en la vida presente. Qué error de cálculo más desdichado consume todos sus cuidados al hacer provisión para este estado infantil – este mero nacimiento del ser – este embrión de la existencia – y descuidar la provisión para la felicidad de una madurez vigorosa y eterna.
- II. Es particularmente cierto de los hombres mundanos, de que éste es su estado infantil. Sus perspectivas, sus gustos, su conocimiento, sus placeres, aquello que buscan, todo indica su niñez. Comparados con los fines elevados y nobles para los que fueron hechos, qué nimiedades con las que se complacen, qué objetivos más pueriles los que persiguen. Mientras permanezco contemplando las dimensiones y dignidad de un santo glorificado, declaro que la riqueza del rey más acaudalado y los honores del emperador más grande son meros juguetes – cosas para niños, y todos los conflictos, apuros y ruidos del mundo no son sino como los movimientos y sonidos insípidos de un infante. ¿No son niños? Notad con qué vanidad de mente buscan sus pequeños placeres, sin ningún objetivo maduro y digno – qué falta de previsión y cuidado por su futuro bienestar – cuán ocupados están con la apariencia externa de las cosas e hinchados de esperanzas vanas – cuán opacos sus entendimientos – cuán pequeño es su conocimiento si se le compara con aquél para el cual fueron creados – cuán inútiles son sus vidas. No tienen nada de aquella sublime felicidad de la que son capaces las mentes racionales. Sujetos a las desilusiones y a los pesares los niños con frecuencia se inquietan y lloran. Hablan como niños, entienden como niños, piensan

como niños. Oh, ¿cuándo se harán hombres y dejarán las cosas de niños? Arroja tus juguetes y eleva tus pensamientos a los objetivos dignos de los hombres – al reino y gloria de Dios – hacia los intereses infinitos y los asuntos inmortales. Pues, ir en pos de objetivos para los cuales los hombres fueron puestos en el mundo y emplear la mente en propósitos más nobles al alcance de nuestras actuales facultades es, en verdad, establecer las mejores afirmaciones en honor de la humanidad. Muchos de aquellos que se enorgullecen de ser hombres de honor, consideran algo viril hacer caso omiso de la religión, y consideran como algo débil y hasta femenino entregarse a la ternura y suavidad de la piedad. Pero luego las cosas se vuelven en su contra. Con facultades capaces de objetivos maduros pero dedicados al juego infantil, aparecen ante los ángeles como nos parecería uno que, teniendo cincuenta años, se ocupa en construir castillos en la arena. Si no ascienden hacia objetivos más altos y maduros, hubiese sido mejor que se quedaran niños. Un niño está satisfecho con sus chucherías; pero ellos, poseedores de capacidades que nada, excepto Dios, puede llenar – que fueron hechos para estar ocupados en lo concerniente al reino de Cristo – continúan agitados y preocupados con todos sus juguetes alrededor de ellos. Si fuese a vivir siempre en la tierra, y si debiera estar confinado a sus objetivos tan superficiales, solemnemente declaro que preferiría seguir siendo eternamente un niño.

- III. Es verdad incluso de los Cristianos mismos, y aún de los más eminentes de todos ellos, de que son solamente niños en la vida presente. Este es precisamente el sentimiento contenido en el texto. Hablan como niños, piensan como niños y entienden como niños. Hablan de las cosas divinas como un niño, usando expresiones que no cubren la extensión del tema más de lo que los niños con sus cotorreos hablan acerca de la luna y como expresan con ello una idea racional con respecto a esta luminaria. No tienen otro lenguaje para estos temas que el de la Escritura, el cual, adaptado a la debilidad de nuestras aprehensiones, es poco más que una asociación de imágenes que se han tomado prestadas de los objetos cómodos y prácticos. En este lenguaje altamente figurativo, el cual es necesariamente imperfecto porque nuestras mentes imperfectas no podrían entender otro, hablan de las ojos, las manos y los pies de Dios – de su arrepentimiento – de su descenso para ver lo que sucede en la tierra – de la ira que le sube por el rostro. Hablan de la adoración del cielo en un lenguaje que es tomado principalmente de la adoración del templo de los judíos. Pero cuando lleguen a la madurez, usarán un lenguaje que expresará las cosas tal y como son – un lenguaje que ya no se hallará oscurecido con las sombras de las figuras, sino que será tomado de la luz misma de los sujetos mismos, y tan luminoso como la verdad. Ni un tópico infantil ocupará entonces sus lenguas. Conversarán únicamente de temas nobles con personajes nobles.

Pensarán como hombres. Aquí sus concepciones son extremadamente ordinarias. Conciben a Dios como teniendo la figura y características de un hombre – como si existiera en un lugar en particular – como envejeciendo a medida que avanzan las eras. Conciben los tratos de los espíritus como similares a los de los seres encarnados. Todas sus concepciones de las cosas celestiales se hallan generalmente entremezcladas con ideas que han sido tomadas de los objetos prácticos. Pero cuando lleguen a la madurez, sus concepciones serán correctas. Ciertamente nunca dejarán de ser versados en los objetos materiales. Después de la resurrección aún poseerán cuerpos materiales. Habrá un cielo local para el acomodo de estos cuerpos. El cuerpo

glorificado de Cristo será el centro de este cielo, y el punto al cual sus pensamientos y adoración finitos serán más particularmente dirigidos. Pero, aunque limitados por la finitud de su naturaleza, sus concepciones serán mucho más maduras y perfectas.

Entenderán como hombres. En esta vida sus entendimientos son débiles y contraídos – oscurecidos por la ignorancia – pervertidos por el prejuicio – propensos a errores y malas interpretaciones de la Palabra de Dios. Los Cristianos aquí no se pueden poner de acuerdo en las doctrinas más claras y sencillas de la revelación divina, y se dividen en sectas que compiten entre sí. Pero en el cielo su conocimiento será perfecto, cesarán sus prejuicios y errores, y las distinciones partidarias ya no existirán. Todos verán cara a cara, y estarán unidos en las visiones más sublimes y esplendorosas de la verdad divina. Aquí se hallan limitados a un conocimiento muy imperfecto de la voluntad de Dios, y con frecuencia se sienten presionados por las dudas con respecto a su responsabilidad; pero allá toda responsabilidad se aclarará. Aquí sus perspectivas se hallan confinadas a un pequeño círculo; allá incluirán el universo. Aquí, con todas las ayudas con las cuales cuentan, saben muy poco de Dios; allá, verán como han sido vistos y conocerán como han sido conocidos. Si el poco conocimiento de Dios que ahora poseen les llena de tanto deleite, quién puede concebir el éxtasis que surgirá a partir del descubrimiento claro, las perspectivas ampliadas, el vasto conocimiento de Aquel del cual disfrutarán entonces – contemplando el rostro de aquel sol tan glorioso sin ninguna nube que se interponga – dirigiendo su mirada a lo largo y ancho hacia la sustancia de esta luz increada – con órganos visuales que no se encandilan por su esplendor – con almas encendidas por el fuego de su gloria. En esta vida sus mentes no pueden sino abarcar un poco de las maravillas de la redención, y pequeña es su relación con Aquel que les compró con su sangre; pero en el cielo contemplarán al Cordero en medio del trono de su Padre; sus ojos extasiados contemplarán sus glorias; se acercarán a Él y echarán sus coronas a sus pies; serán unidos a Él en la comunión más tierna; tendrán una visión más clara de las insondables maravillas de la redención, y con asombro y embeleso recorrerán las alturas y profundidades de este plan tan estupendo.

Sin estar más limitados a las esperanzas y anticipos de la niñez, habrán alcanzado el pleno logro de su supremo bien. Sin estar más confinados a la compañía de los niños, disfrutarán de la sociedad con el ejército glorioso de patriarcas, profetas, apóstoles y mártires. Estarán unidos en amistad, de la forma más absoluta, con los serafines y querubines, y serán ennoblecidos por medio del trato con estas órdenes superiores de ángeles. Sin estar más limitados por las búsquedas inferiores de su estado infantil, todas sus facultades se emplearán en las partes más nobles del servicio divino. Su entendimiento estará ocupado escudriñando el carácter y las obras de Dios; sus afectos serán ejercitados en el amor y la gratitud más fervientes; sus voces se desplegarán en la más elevada alabanza; sus voluntades se ejercerán escogiendo a Dios y sus caminos; su memoria se utilizará viendo en retrospectiva hacia esta vida y recopilando materiales con los cuales erigirán monumentos permanentes a su gloria. Todas sus facultades, que eran imperfectos en esta estado de minoría de edad, habrán alcanzado su perfección: no aquella perfección que excluya el progreso, sino aquella que indica un estado de madurez. No se puede decir con qué amplitud serán extendidas sus facultades. ¿Fue Newton un niño? ¿Fue Salomón un niño? Entonces, ¿qué es un hombre? Si pudiésemos acercarnos al espíritu glorificado del santo más mezquino que haya dejado estas moradas de debilidad y pecado, nos asombraríamos de la magnitud de sus facultades. Quizá podamos verle como alguien más grande que una nación combinada. Y estas sorprendentes dimensiones probablemente sean el principio de su crecimiento. Me quedó asombrado cuando le sigo el rastro a ese espíritu a lo largo de los grados ascendentes de su progreso eterno. Me pierdo en la maravilla y deleite cuando contemplo sus augustos destinos a lo largo de las eras inmortales, y verlo extenderse

hacia Dios, ensanchándose, extendiéndose, elevándose – hasta que un espíritu con la inteligencia actual de Gabriel apenas podría discernirlo en su gloriosa altitud – hasta que un espíritu con las actuales dimensiones de Gabriel sería sólo como un infante ante un gigante que le sobrepasa mil veces – y aún se está ampliando. Desde la cima de esa elevación supóngase que mira hacia abajo, hacia esta vida mortal; qué despreciable, qué parecidas a los juguetes de la niñez serían estas glorias. Mientras recuerda su anterior anexión a la tierra y al polvo, sus anteriores búsquedas infantiles, sí, sus devociones más fervientes, lo escucho cantar, “alto en la salvación y en los ámbitos de la dicha,” *“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño.”*

Oh mis hermanos, destinados a la Inmortalidad, elevad vuestras mentes de la tierra y fijadlas en los cielos de los cielos. Mientras marcháis a la Nueva Jerusalén, que vuestra visión se llene con las glorias cercanas del lugar. Mantened vuestros pensamientos allá arriba, donde habréis de pasar una eternidad sin fin. Con frecuencia contemplad los sorprendentes destinos delante de vosotros. ¿Por qué esos suspiros y lágrimas y bajas penas contraídas? ¿Corresponde a los hijos de un rey el estar tristes? Tenéis razón para regocijaron con un gozo indescriptible y lleno de gloria. Me imagino que no sois constantemente transportados. Considerad lo que seréis de aquí a un siglo. Considerar lo que seréis de aquí a un millón de eras. Estoy embelesado mientras os sigo a través de las ascendentes glorias de la eternidad. ¿Y habéis nacido para esto? ¿Para una dignidad tan augusta? ¿Para glorias tan infinitas? No os rebajéis a acciones tan sórdidas. No os encorvéis a búsquedas tan arrastradas. Recordad lo que sois y respetaos a vosotros mismos. No hagáis nada que desaprobaríais cuando reviséis vuestra vida desde las altas moradas de la salvación. Despertad toda facultad adormecida y corred hacia la meta gloriosa. Estáis actuando para la eternidad, y la inmortalidad es el premio. Despertad vuestras facultades aisladas; avivad vuestro progreso tan lento; “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” Amén.

Tomado del sitio web <http://www.puritansermons.com/>

Traducción de Donald Herrera Terán, para www.contra-mundum.org